Abstract

After the resignation of the Protectorate of Peru, General San Martín called for the Constituent Congress to elect the first Peruvian president. Subsequently, he embarked for Valparaíso, continuing his journey to Mendoza, Buenos Aires, and finally to Europe.

The Peruvian Congress requested the intervention of General Bolívar and his army to finalize the American independence process. The Colombian, Peruvian, Argentine, and Chilean forces organized into the United Liberator Army. After achieving an epic victory with only steel and cavalry at Junín on August 6, 1824, they fought the decisive battle of Ayacucho four months later, on December 9, 1824. Viceroy José de la Serna commanded the royalist forces, while General Antonio José de Sucre led the patriots. After nearly six hours of combat in a rugged terrain, General Canterac, who replaced the viceroy, gathered his generals to admit defeat.

However, despite the viceroy's capitulation, the war continued in Upper Peru, where the royalists maintained the port of Callao and the island of Chiloé. The last monarchical reaction occurred in the battle of Tumusla, until the royalist leader, General Olañeta, was mortally wounded, and his troops dispersed for good.

Keywords: Ayacucho - independence fighters – royalists – Sucre - La Serna - Olañeta

Introducción

En España, los Cien mil hijos de San Luis acabaron con el liberalismo al abolir todos los cambios del Trienio liberal (1820/1823). Los Luises franceses, bajo el mando del duque de Angulema, invadieron la Península en 1823, restaurando el absolutismo de Fernando VII. No solo eran franceses los invasores, también se sumaron 30 000 realistas españoles, prolongando la guerra civil de 1822/1823. De este modo, se inició así la segunda restauración absolutista en España, donde los franceses permanecerían hasta 1828. Ese enfrentamiento entre liberales y absolutistas resultó ventajoso para el proceso libertario americano, ya que las motivaciones de la guerra civil se trasladaron a los oficiales españoles en América y fueron aprovechadas por el general San Martín a partir del pronunciamiento de Aznapuquio, en enero de 1821, cuando el virrey Joaquín de la Pezuela, absolutista, tuvo que resignarse a entregar el virreinato al general liberal José de la Serna. Más adelante, continuaremos analizando las resultantes de estas divergencias ideológicas en la oficialidad realista de América.

En la nueva estructura de la Santa Alianza, conformada en Verona en 1822, se consagró un derecho de intervención que tendrían las grandes potencias para luchar contra brotes de liberalismo en cualquier país del continente, considerándolos una "amenaza a la paz europea" (Alison Phillips, 1911, p. 621). La Alianza de Verona ya no incluía a Inglaterra, que tenía grandes intereses comerciales en la América española.

El papa León XII dictó un Breve apostólico, documento que, a diferencia de una encíclica, habitualmente tiene el carácter de acto administrativo, o bien, incluye una orden o regula una cuestión. Ese Breve, publicado y recibido en Madrid el 30 de septiembre de 1824 estaba dirigido A los venerables hermanos, los arzobispos y obispos de América y entre otros párrafos, decía:

> A la verdad, con el más acerbo e incomparable dolor, emanado del paternal afecto con que os amamos, hemos recibido las funestas nuevas de la deplorable situación en que tanto al Estado como a la Iglesia ha venido a reducir en esas regiones la cizaña de la rebelión que ha sembrado en ellas el hombre enemigo, como que conocemos muy bien los graves perjuicios que resultan a la religión, cuando desgraciadamente se altera la tranquilidad de los pueblos. (Fulong S.J., 1957, p. 90)

Más adelante, el Breve era más específico:

> En consecuencia, no podemos menos de lamentarnos amargamente, ya observando la impunidad con que corre el desenfreno y la licencia de los malvados; ya al notar cómo se propaga y cunde el contagio de libros y folletos incendiarios, en los que se deprimen, menosprecian e intentan hacer odiosas ambas potestades, eclesiástica y civil, y ya por último, viendo salir, a la manera de langostas devastadoras de un tenebroso pozo, esas Juntas que se forman en la lobreguez de las tinieblas, de las cuales no dudamos en afirmar con San León Papa, que se concentran en ellas, como una inmunda sentina, cuánto hay y ha habido de más sacrílego y blasfemo en todas las sectas heréticas. (Fulong S.J., 1957, p. 91)

Después concreta:

> ... esclarecer ante vuestra grey las augustas y distinguidas cualidades que caracterizan a nuestro muy amado hijo Fernando, rey católico de las Españas, cuya sublime y sólida virtud le hace anteponer al esplendor de su grandeza el lustre de la Religión y la felicidad de sus súbditos; ... (Fulong S.J., 1957, pp. 95-96)

Nótese que el Breve se publicó el 30 de septiembre de 1824, dos meses antes de la batalla de Ayacucho y cuatro meses antes del reconocimiento de la independencia de Argentina, Colombia, Chile y Perú por parte de Inglaterra, que ocurrió el 3 de febrero de 1835. El papa León XII dio pruebas manifiestas de lamentar la publicación del Breve a mediados del año 1825, en una carta al presidente de la Confederación Mexicana, general Guadalupe Victoria "... Nuestra peculiar índole y la dignidad a que sin mérito fuimos elevados, exigen que no nos mezclemos en lo que de ninguna manera pertenece a la Iglesia, ..." (Fulong S.J., 1957, p. 109)

En 1824, mientras en México se dictaba una constitución federal que terminaba con el imperio de Iturbide y con su propia vida, en el otro extremo de América se promulgaba una constitución unitaria, siguiendo las ideas europeístas de Bernardino Rivadavia. Había finalizado la feliz experiencia en Buenos Aires con el gobernador Martín Rodríguez y su ministro Rivadavia, dejando atrás la anarquía del año 1820. En aquel entonces, el nuevo gobernante era el general Juan Gregorio de las Heras, un oficial que participó en las guerras de la independencia de Chile y Perú y que continuó con las políticas progresistas del gobierno anterior. En la

Gran Colombia, constituida por los actuales territorios de Venezuela, Colombia, Ecuador y pequeños territorios que hoy son Costa Rica, Brasil y Guyana, gobernaba el general Francisco de Paula Santander, quien reemplazó al general Simón Bolívar, que combatía en Perú con tropas combinadas peruanas, colombianas, argentinas y chilenas. Ante un pedido de apoyo de tropas y recursos por parte del Libertador, Santander respondía:

> Yo soy gobernante de Colombia y no del Perú; las leyes que me han dado para regirme y gobernar la República nada tienen que ver con el Perú ... Demasiado he hecho enviando algunas tropas al sur, yo no tenía ley que me lo previniera así, ni ley que me pusiese a órdenes de Ud., ni ley que me prescribiese enviar al Perú cuanto Ud. necesitase y pidiese. (Lecuna, 1942, pp. 275-290)

En ese año, Chile, con la renuncia del general Bernardo O´Higgins, finalizaba lo que se conoció como la "Patria Vieja", asumiendo la presidencia el general Freire. Se acentuó el aislamiento y la desconexión con la guerra en el Perú. Además, se dejó de conmemorar el 5 de abril, aniversario de la batalla de Maipú, en un contrasentido histórico, ya que fue esa acción la que definió la independencia chilena.

La Banda Oriental del Uruguay, ocupada por Brasil desde 1817, se conocía como Provincia Cisplatina, parte del imperio de Pedro I. En 1824, este decidió dictar una constitución, para lo cual reunió a diez ciudadanos de su confianza en lo que se llamó la "Noche de la agonía", y se promulgó la carta magna imperial. Durante ese año de 1824, los patriotas uruguayos emigrados en Buenos Aires se organizaban con el apoyo de los saladeros bonaerenses para iniciar la reconquista de su territorio. Será a principios del año siguiente cuando tuvo lugar la gesta de los "33 orientales", comandada por el general Lavalleja, para recuperar el Uruguay.

Antecedentes

Una vez que el general San Martín renunció al Protectorado y regresó a su patria, el Congreso del Perú creó la Suprema Junta Gubernativa, compuesta por José de la Mar (presidente), Felipe Antonio Alvarado (jurista y militar argentino, hermano del general Rudecindo Alvarado) y Manuel Salazar y Baquijano (político y militar peruano). Estos fueron elegidos entre los propios diputados del Congreso.

El nuevo gobierno decidió ejecutar el plan que había bosquejado San Martín sobre los "Puertos Intermedios", pero sin la consistencia que había planificado el

Libertador. Además de atacar por la costa sur del Perú, el plan se complementaba con la ofensiva de los argentinos desde el Alto Perú y desde Lima por las sierras del centro. Sin embargo, el gobierno de Buenos Aires no pudo apoyar la maniobra debido a dificultades en su frente interno, y los patriotas de Lima no recibieron los medios indispensables para llevar a cabo el plan.

La primera campaña a "Puertos Intermedios", conducida por el general Alvarado, provocó la sublevación del general Santa Cruz en la hacienda de Balconcillo (28 de febrero de 1823), quien dispuso la disolución del Triunvirato elegido por el Congreso y la elección de José de la Riva Agüero como presidente. Este evento se considera el primer golpe de estado de la historia republicana peruana. (de la Puente Candamo, 1993). La segunda campaña (mayo 1823), fue conducida por el general altoperuano Santa Cruz. Al igual que la primera, resultó en un fracaso militar, lo que llevó al Congreso a solicitar ayuda a Simón Bolívar, confiándole la conducción de la guerra. (Roel Pineda, 1981)

Mientras tanto, el Congreso tomó dos medidas políticas: destituyó a Riva Agüero, quien se dirigió a Trujillo e instaló su gobierno allí, y nombró presidente al marqués de Torre Tagle. Así, dos gobiernos disputaban el poder hasta que el 1 de septiembre de 1823 arribó al Callao el Libertador Simón Bolívar, a quien el Congreso le otorgó la suprema autoridad en toda la República.

A comienzos del año 1824, el ejército realista disponía de alta moral y estaba conducido por excelentes generales. Se organizaba en dos principales agrupaciones: el ejército del norte, al mando del general José de Canterac, que contaba 8000 hombres en el Valle de Jauja y el ejército del sur, ubicado entre Puno y Arequipa, comandado por el general Jerónimo Valdés, con un efectivo de 3000 hombres. Otra agrupación se encontraba más al sur, en el Alto Perú, bajo el mando del general Pedro Antonio de Olañeta, con 4000 efectivos. Además, había mil hombres estaban en Cuzco y 3000 más en distintas guarniciones. En total, el ejército realista contaba con 19000 hombres.

El ejército independiente, formado por cuatro naciones, contaba con algo más de 9000 efectivos, 3000 peruanos, 4000 colombianos, 1100 chilenos y 1300 argentinos todos reunidos en Pativilca. (Beverina, 1924)

La fortaleza del Real Felipe del Callao fue recuperada por los realistas el 5 de febrero de 1824 y rápidamente, el general Canterac envió desde la sierra una división bajo el mando del general Monet y otra del general Rodil desde el

valle de Ica, con el objeto de apoyar la recuperación de la fortaleza y, en última instancia, tomar Lima. La capital peruana fue evacuada por las fuerzas patriotas. El presidente Torre Tagle, junto a su ministro de Guerra, conspiraron y establecieron una relación con los españoles para reaccionar contra las fuerzas colombianas. (Mitré, 2012)

Mientras estos acontecimientos nefastos para los independentistas se sucedían, Bolívar se encontraba en su cuartel general de Pativilca, a 180 km al norte de Lima. Estaba afiebrado y muy enfermo, y se temía por su vida. Su ministro Joaquín Mosquera lo visitó y lo encontró recostado, con un aspecto cadavérica y la cabeza atada con un pañuelo blanco. Le preguntó Mosquera "¿Qué piensa usted hacer ahora?", "¡Triunfar!", respondió el Libertador. (Mitré, p. 940)

Pativilca se encuentra al pie de la cordillera norte, en la provincia de Huaura, donde San Martín reunió a su ejército a lo largo del río del mismo nombre. Bolívar continuaría la hazaña con la intención de abrir la campaña por la sierra central, siguiendo el camino que trazó Arenales cuatro años antes.

Habíamos mencionado en el marco histórico que el pronunciamiento de Aznapuquio representó la transposición de la tensión entre liberales y absolutistas de España a América, dentro del ejército realista. El trienio liberal español (1820-1823), trasladaba sus ideas constitucionalistas con el tiempo que estiraba la lejanía de la metrópoli. Así, el general de la Serna fue nombrado virrey en lugar del brigadier Pezuela, quien era absolutista, además de agregarle una serie de derrotas que había recibido su ejército al ser vencido en Chacabuco y Maipú por el sable corvo del Libertador José de San Martín.

El 20 de junio de 1824, el general Pedro Antonio de Olañeta, absolutista, se enteró antes que el virrey de la Serna, a través de periódicos de Buenos Aires, que el rey Fernando VII había declarado nula la constitución de 1812 y el régimen constitucional, por lo que, en respuesta, se levantó en armas "en defensa del rey y de la religión". En su manifiesto a los habitantes del Perú decía en Potosí:

> "Tal ha sido, peruanos, el depravado intento de los constitucionales de la América meridional. Tal el fin que se propusieron en la tumultuaria jornada de Aznapuquio. ¿Y qué debería hacer un verdadero español, un general realista? Oponerse con todas sus fuerzas á tal ignominiosa degradación. Morir antes que consentir tamaña infamia. Estas fueron mis resoluciones. Firme en el propósito de sostener á toda costa los derechos de la religión y

del rey ... " (García Camba, 1916, p. 439)

El general de la Serna ordenó la inmediata marcha del ejército del sur, bajo el mando del general Valdés, hacia el Alto Perú para sofocar la rebelión, mientras tanto, Olañeta relevaba a los generales liberales La Hera y Maroto de sus altos cargos políticos. Más adelante, continuaremos analizando este episodio, crucial para las armas americanas y nefasto para las realistas.

El 2 de agosto de 1824, el Libertador Bolívar pasó revista a sus casi 9000 hombres formados en Ranca, al pie del cerro Pasco, donde Arenales había alcanzado la gloria. En el centro del Perú, en las alturas y con el frío de agosto, se encontraba el Nudo de Pasco, que divide aguas en distintas direcciones. Los campesinos dejaron sus chacus de vicuña para observar la tremenda escena: peruanos, colombianos, chilenos y argentinos, con las armas al hombro y aquel umallik, que, parado sobre sus estribos estremecía a todos, aunque muchos no lo entendían. Comprendían que se estaba gestando algo más que el Tayta jirka, algo más glorioso:

> "Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. El Perú y la América toda aguardan de nosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. (Mitré, p. 941)

Ese ejército representaba, en ese momento, a las cuatro repúblicas existentes en América del Sur. Un solo ejército continental.

Las fuerzas patriotas avanzaron desde Pasco hacia el sur, siguiendo el camino que bordea el río Mantaro, al oeste de la laguna. Mientras tanto, el general Canterac avanzaba por Tarma hacia el cerro de Pasco por el camino del este. Al llegar a Carhuamayo, recibió información sobre el avance de Bolívar. Anticipándose a la maniobra de bloquear su comunicación con Jauja, Canterac ordenó un rápido repliegue. Así, al mediodía del 6 de agosto, alcanzó la pampa de Junín. El Libertador había adelantado la caballería del grueso de la infantería; desde el Chamanca observó la columna de Canterac que se dirigía hacia Jauja. Decidió entonces empeñar su caballería, bajo el mando del general Mariano Necochea, con 900 hombres.

Mientras los jinetes patriotas descendían con dificultad por un terreno anfractuoso hacia la pampa, Canterac vio la oportunidad de la victoria. Reuniendo a

sus mil ochocientos hombres, cargó furiosamente sobre los dos únicos escuadrones preparados para el combate. El aluvión de la carga no pudo ser resistido por los criollos, lo que provocó confusión y la sorpresa, obligando a los americanos a una retirada inmediata. Necochea fue gravemente herido, y hasta el mismo Bolívar, seguido por su estado mayor, creyó en la inminente derrota y decidió retirarse hacia donde avanzaba la infantería.

La infatuación de Canterac, que sentía la victoria al alcance de la mano, lo llevó a cometer serios errores en el combate: no utilizó reservas y parte de su caballería no pudo actuar con libertad debido a la necesidad de atravesar los pantanos ubicados al sur de la laguna.

El escuadrón de Húsares del Perú no logró encolumnarse para el ataque inicial debido a la falta de espacio y su jefe, el teniente coronel Isidoro Suárez, esperó para sumarse detrás de una quebrada y envió a su ayudante, José Andrés Rázuri, peruano, a solicitar órdenes al general José de la Mar, quien le respondió que Suárez debía salvar su escuadrón como pudiera. Al observar la desbandada de la caballería realista, que atacaba a la suya, Rázuri cambió la orden en su transmisión, diciéndole a Suárez que la orden era cargue usted de todos modos. (de la Puente Candamo, 1993)

Cuando los patriotas, perseguidos y sableados por los escuadrones de Canterac, cruzaron la quebrada, los Húsares del Perú atacaron su retaguardia y su flanco. Los realistas, ahora cercados por dos agrupaciones y sorprendidos, no pudieron reorganizarse y fueron acuchillados. En el entrevero, no se utilizaron armas de fuego; fue una lucha a sable y lanza.

Jorge Luis Borges, bisnieto del coronel Isidoro Suárez escribió varios poemas sobre Junín y su bisabuelo. Uno de ellos, "Página para recordar al coronel Suárez, vencedor de Junín", finaliza así:

> En los atardeceres pensaría
> que para él había florecido esa rosa:
> la encarnada batalla de Junín, el instante infinito
> en que las lanzas se tocaron, la orden que movió la batalla
> la derrota inicial, y entre los fragores
> su voz gritando a los peruanos que arremetieran
> la luz, el ímpetu y la fatalidad de la carga. (Borges, 1964)

A partir de ese momento, por decisión de Bolívar, los Húsares del Perú pasaron a llamarse Húsares de Junín. Después de esta batalla en la que solo brillaron los aceros, el ejército realista partió en retirada inmediata hacia el sur, con 2000 bajas. El virrey agregó una división de 1500 hombres a la fuerza derrotada de Canterac. Se dirigieron a Limatambo, donde La Serna decidió concentrar los ejércitos del norte y del sur. Este último, conducido por el general Valdés, abandonó el Alto Perú cumpliendo la orden del virrey, dejando a las fuerzas de Olañeta libres, lo que le permitió marchar hacia el norte y ocupar Puno y Tarapacá.

Al recibir información de la concentración del ejército realista, Bolívar, que se encontraba en Challhuanca, comprendió que había empeñado sus tropas en una marcha demasiado profunda. Había alargado demasiado sus líneas de comunicaciones y se había alejado de sus centros de recursos. Una verdadera hybris, desmesura que, además, se encontraba en poblaciones a las que aún no habían llegado las ideas de independencia y le eran hostiles.

Decidió el Libertador entregar el mando de sus tropas al general Antonio José de Sucre en Sanaica y marchar hacia Lima para reunir los medios necesarios que reforzarían el ejército. Sucre, cumpliendo las indicaciones de Bolívar, desplazó sus tropas al este, estacionándose entre Circa y Lambrana, pueblos separados por 7 leguas, dando frente a la dirección de Cuzco. (Miller, 1918)

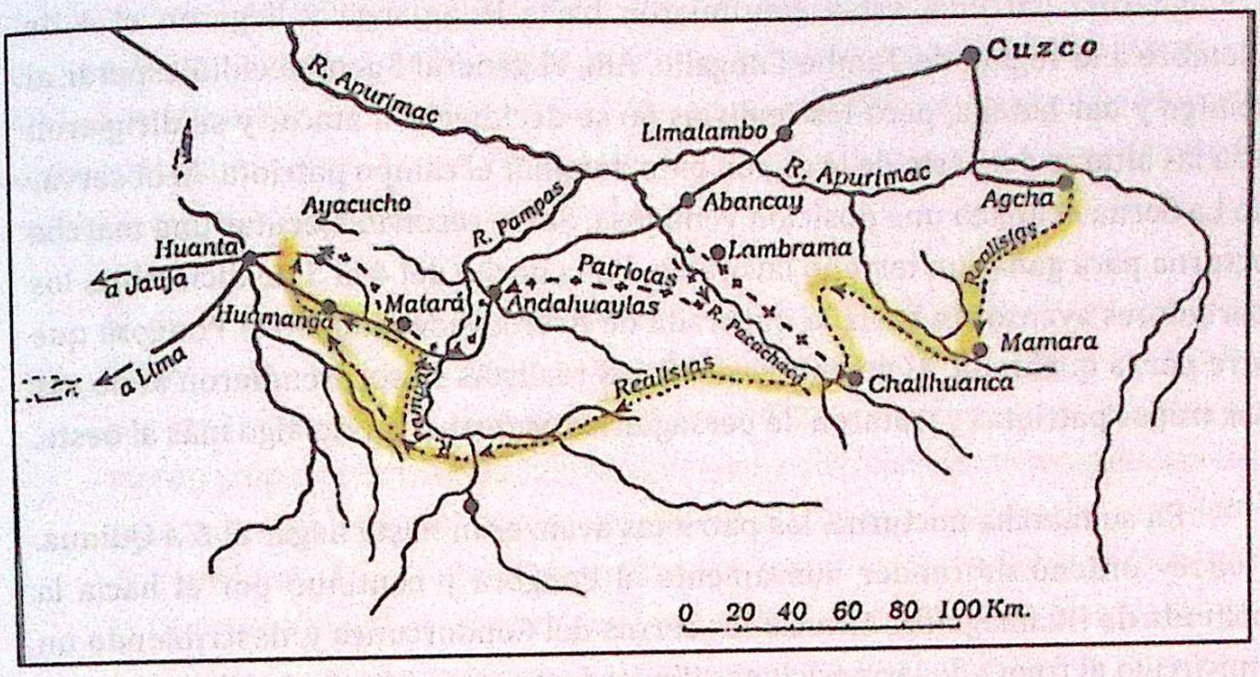
Planes de campaña

El plan realista consistía en tomar la ofensiva para recuperar y el territorio que Canterac había perdido. Derrotar a Sucre antes que Olañeta, que avanzaba desde el sur, se convirtiera en una amenaza era crucial. Por su parte, Sucre concibió un plan de operaciones que obligaría al enemigo a librar una batalla decisiva. Decidió realizar una maniobra estratégica operacional envolvente para cortar las líneas de comunicaciones del adversario y forzarlo a combatir, al tiempo que impediría la llegada de refuerzos desde Lima.

En contraste, el plan patriota se centraba en una maniobra defensiva. Los patriotas esperaban un ataque frontal, al que planeaban resistir hasta la llegada de refuerzos. Se cumpliría la orden del Libertador de conservar sus efectivos a toda costa, aunque con la libertad de actuar según las circunstancias. El general Sucre se limitó a ejecutar movimientos cercanos al enemigo, aprovechando las fuertes posiciones defensivas que ofrecía la sierra.

Figura 1

Movimientos previos a la batalla de Ayacucho



Desde Challhuanca Sucre traslada el Ejército más al este

Dispositivo y organización

El ejército realista, ahora llamado Ejército de Operaciones del Perú, surgió a partir de la fusión de los mandos de Canterac y Valdés. Antes de la ofensiva, ocupaba ambas márgenes del río Apurímac con el siguiente dispositivo: la División Vanguardia en el pueblo de Acha, sobre la orilla izquierda del río, con sus avanzadas de combate en la línea Capachaca - Colquemarca; la I y II División en Paruro y sus proximidades; y la caballería en las cercanías de Cuzco. El comandante en jefe era el virrey de la Serna, y el jefe de Estado Mayor, el teniente general Canterac. La División Vanguardia estaba al mando del general Valdés e incluía 8 batallones de infantería. La División Manuel Villalobos, contaba con 3 batallones de infantería, 5 regimientos de caballería y 2 escuadrones de esta arma, sumando un de total 9320 soldados y 11 piezas de artillería. (Bulnes, 1897)

El ejército patriota era comandado por el general Antonio José de Sucre y su jefe de Estado Mayor era el general Agustín Gamarra. Disponía de la División Peruana, a órdenes del mariscal La Mar, con cuatro batallones de infantería, la I División Colombiana, bajo el mando del general Lara, con tres batallones, la II División Colombiana, a órdenes del general José María Córdova, con cuatro batallones y la División de caballería, comandada por el general Miller, con tres regimientos de caballería y un escuadrón de Granaderos de los Andes, argentinos.

Luego de distintos movimientos tácticos y reducidos combates como el de Corpahuaico, en el que las tropas del general Valdés atacaron por sorpresa la retaguardia patriota, estas continuaron hacia Huamanga y llegaron el 4 de diciembre a la región de Tambo Cangallo. Allí, el general Sucre decidió esperar al enemigo y dar batalla, pero los realistas no se decidieron a atacar y se dirigieron hacia las alturas del oeste de la región para dominar el campo patriota. Al observar que La Serna ocupaba una posición ventajosa, Sucre resolvió ejecutar una marcha nocturna para ganar un terreno favorable. En la noche del 4 al 5 de diciembre, los libertadores avanzaron hacia la quebrada de Acero, vadeando el río Pongora que corre por la quebrada. Al amanecer del 5, los realistas se sorprendieron al no ver a las tropas patriotas y trataron de perseguirlos, vadeando el río algo más al oeste.

En su marcha nocturna, los patriotas avanzaron hasta llegar el 6 a Quinua. El virrey ordenó descender nuevamente al Pongora y continuó por él hacia la quebrada de Huamaguilla. Alcanzó los cerros del Condorcunca y, describiendo un semicírculo al frente de las posiciones libertadoras, ocupó las faldas del mismo al atardecer del 8 de diciembre, para atacar descendiendo de las alturas.

La batalla

La batalla se libró en la meseta o planicie de Ayacucho (en quechua "Rincón de los Muertos"), que en su orientación E-O tenía unos mil setecientos metros entre el cerro Condorcunca y el pequeño pueblo indígena de Quinua. Existía una pendiente suave entre el cerro y el río Pangora. Al norte y al sur de la meseta, había profundas quebradas separadas por, aproximadamente, seiscientos metros que constituían obstáculos importantes, sobre todo el del sur. (García Camba, p. 299). En la mitad de la planicie, había una quebrada de poca profundidad que impedía el paso de tropas montadas por sus bordes cortados a pique.

El ejército libertador ocupó posición en la planicie y el realista en las pendientes del Condorcunca. Este último se organizó de la siguiente manera: a la derecha, el general Valdés con cuatro batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería; en el centro, los cinco batallones del general Monet y a la izquierda, la División del general Villalobos, con la reserva a su retaguardia, comandada por el jefe de Estado Mayor, general Canterac, que incluía la caballería y la masa de la artillería.

El ejército patriota, comandado por el general Sucre con un efectivo de 5800 hombres, desplegó a la derecha la División Colombiana del general José de Córdova

con cuatro batallones; al centro, la caballería a órdenes del general Miller, que incluía el Regimiento peruano Húsares de Junín, el Regimiento de Granaderos y de Húsares de Colombia; y el Escuadrón de Granaderos a Caballo de Buenos Aires, compuesto por algo más de 80 hombres, último resto del creado por San Martín en 1812. A su izquierda, se desplegó la División que comandaba el general La Mar con cuatro batallones colombianos. Solamente dispusieron de una pieza de artillería de a cuatro emplazada entre la derecha y el centro:

> El día 9 de diciembre amaneció hermosísimo: al principio el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas; pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente; los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos y visiblemente, hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían...A las nueve de la mañana principió a descender de la montaña la División Villalobos; el virrey se puso a pie a su cabeza y las filas siguieron bajando por el lado escabroso del Condorcanqui (sic), oblicuando un poco a la izquierda (Miller, p. 175)

En realidad, el virrey encabezó la División del centro, bajo el mando de Monet, como afirma el general García Camba en su crítica la obra de Miller (García Camba, pp. 333-334). Además, el ataque se llevó a cabo de manera simultánea en las tres divisiones y la reserva. Sin embargo, el virrey y su jefe de Estado Mayor emplearon la reserva tempranamente, a pesar de que su función debería haber sido esperar para acudir para cubrir situaciones inesperadas, realizar contrataques, prever rupturas o explotar un éxito. Evidentemente consideraron que, con una fuerza superior, artillería y alta moral, desde una posición muy ventajosa que da la altura y la arrogancia española, lograrían concluir el día con una victoria decisiva.

Es importante destacar que, antes de la batalla, se produjo una confraternización entre enemigos, propuesta por el general Monet al general Córdova. Así, hermanos enfrentados y antiguos amigos fueron autorizados a "darse un abrazo antes de rompernos la crisma". (Pignatelli, 2022)

A las diez de la mañana, los realistas iniciaron el ataque. El general Valdés se apoderó de su objetivo, haciendo retroceder al general La Mar. La derecha patriota se replegó ante el impetuoso ataque del 1er. Batallón, mientras que la caballería y la artillería descendían para ocupar sus posiciones de combate. Ante el empuje y la fuerza de Valdés que ponía en peligro el frente patriota, Sucre ordenó a la División Lara que reforzara ese sector. En la izquierda realista, el coronel Rubín de

Celis, al mando del 1er. Batallón y encargado de conquistar una zona de seguridad, interpretó los disparos de artillería que apoyan a Valdés como la señal para lanzar el ataque general, la segunda fase de la operación. Se lanzó a la carga sobre la División Córdova. Allí, su general al apearse del caballo entre las dos columnas de su división, y a viva voz dio la célebre orden "¡Adelante! ... ¡Paso de vencedores!". Cargaron inmediatamente y el batallón enemigo sufrió un duro castigo, ya que el general patriota rechazó fácilmente el ataque y el coronel realista cayó muerto entre los primeros.

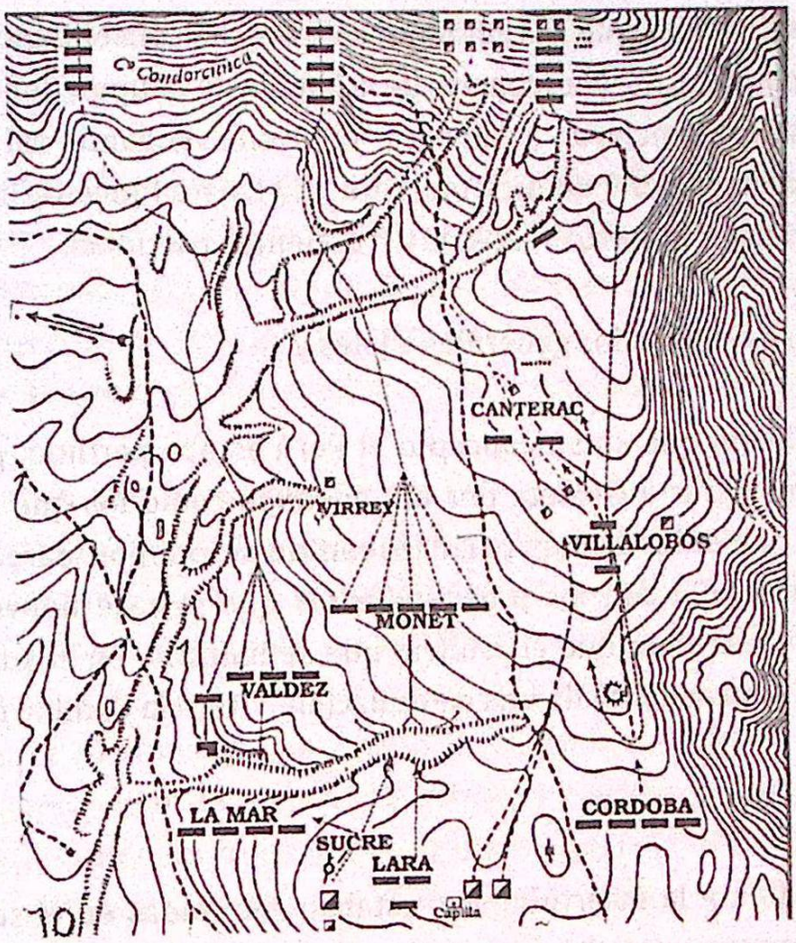
Al observar que el Batallón de Celis retrocedía en desorden, Sucre ordenó a Córdova que explotara el éxito ejecutando un contrataque, reforzándolo con tropas de Miller. La División se lanzó en profundidad, persiguiendo al 1er. Batallón, que, en su fuga, desbarató a los batallones de segunda línea conducidos por Villalobos. Estas unidades fueron rápidamente apoyadas por un escuadrón de caballería, pero no pudieron contener a la División Colombiana.

El virrey, al ver que la progresión de su ofensiva disminuía, decidió adelantar el ataque de Monet para atraer a los patriotas al centro. Simultáneamente, Canterac condujo dos batallones para contener la contraofensiva, pero fue arrollado. Poco después, tres escuadrones fueron en apoyo de los cuatro batallones comprometidos, pero los húsares y granaderos, conducidos por Miller, los recibieron y los rechazaron con sus largas lanzas.

La División Córdova, a la que se unieron dispersos de distintos cuerpos, logró apoderarse de la artillería realista de la retaguardia. Con un heroico e incontenible avance, arrollaron a cuanto enemigo se interponía en su camino, llegando hasta las faldas del Condorcunca, donde hicieron flamear el pabellón de Colombia.

Figura 2

Plano de la batalla de Ayacucho



El general Monet intentó cruzar el barranco bajo la atenta vigilancia de Sucre, quien ordenó de inmediato que los Húsares de Junín, junto con los ochenta y dos veteranos Granaderos de los Andes y el Batallón Vargas, atacaran antes de que Monet lograra cruzar. Con gran empuje, desbarataron su intento.

Por su parte, el general La Mar logró restablecer su posición frente a la derecha realista. La División Valdés, al observar el fracaso de Monet y el avance de la derecha patriota, notó la bandera colombiana flameando en la pendiente del Condorcunca. Esto llevó a sus batallones a ceder terreno poco a poco, replegándose en pequeños grupos que finalmente se convirtieron en una retirada en masa. Sucre, consiente de la situación, ordenó a Córdova que se detuviera para reorganizarse y encargó la persecución a otras divisiones. La victoria fue total, ante la ausencia del virrey que yacía herido, el general Canterac asumió el mando.

Esta batalla decisiva, que puso fin a quince años de guerra, tuvo como protagonistas a las figuras clave de Bolívar y San Martín, ya que las victorias de Boyacá, Carabobo, Chacabuco y Maipú guiaron a Sucre a la cima de la gloria. El escenario de la gran batalla era inigualable, en el centro de América, en los Andes,

rodeado de cóndores y piedras. Era el último reducto español después de tres siglos y medio de la conquista. En quechua, Ayacucho significa "Rincón de los Muertos", evocando trágicas historias que se remontan a Viracocha consolidando su imperio. Durante la época colonial, fue el escenario de la batalla de Chupas, donde las fuerzas de la Corona española vencieron a Almagro "el joven", vengando así la muerte de Pizarro. En el desenlace del 9 de diciembre de 1824, este funesto rincón cobró la vida de mil ochocientos muertos realistas y trescientos patriotas.

El general Canterac reunió a los generales y jefes y

> ... les manifestó que en su concepto el Perú estaba perdido, pues que era preciso considerar á Olañeta por tan enemigo como los que acababan de triunfar, y que si los demás participaban de su opinión parecía prudente adoptar un medio con los independientes que evitase nuevos é inútiles desastres; y claro era que el arbitrio que se indicaba en el supuesto dado envolvía el pensamiento de una capitulación." (García Camba, p. 308)

Agrega Camba (1916):

> ... La confusión y la incertidumbre estaban retratadas en el semblante de todos, y ninguno acertaba á proponer el arbitrio que convendría adoptar en tamañas circunstancias, cuando al ponerse el sol de tan funesto día se anunció por retaguardia un oficial parlamentario, a quien seguía el general La Mar, que pretendía hablar al general Canterac, como lo verificó, asegurando que el general Sucre estaba dispuesto á conceder á los vencidos una capitulación tan amplia como sus altas facultades permitiesen, á fin de que cesaran del todo las desgracias del Perú. (p. 309)

Para conocer los términos de la oferta del vencedor, fueron comisionados los generales Canterac y Carratalá, quienes, acompañados por el general La Mar, llegaron al puesto de comando del general Sucre. Allí, conferenciaron con el comandante del Ejército Unido del Perú y comenzaron la redacción de las bases del tratado. Una vez el estado mayor realista discutió y corrigió el documento, se reunieron nuevamente en el campamento de Sucre, al que también concurrieron los generales Valdés y García Camba para acelerar la conclusión de las negociaciones. Este último escribió: "Sucre ostentó ... mucha franqueza y generosidad: aceptó lisa y llanamente las bases presentadas con solo tres restricciones que puso de su puño en el mismo borrador escrito por D. José Carratalá ..." (García Camba, p. 310). Luego, se dirigieron a Huamanga, cuyo nombre, derivado del quechua–chanca

waman-ka, significa "ven halcón", lo que da pie a una metáfora. Allí, los halcones discutiendo si el Callao debía integrarse en la capitulación o no. Fue Sucre quien definió este punto, afirmando que "si el gobernador no obedeciera, no será tratado como jefe español".

Nada escapó al control del vencedor, quien cuidó los intereses patriotas y actuó con nobleza hacia los vencidos. Junto con Bolívar respetaron las generosas condiciones pactadas para el futuro de sus adversarios. Regresaron a España aproximadamente unos 750 integrantes del ejército realista "contando jefes, oficiales y unos 350 soldado. Entre ellos algunos americanos":

> ... Se hallan por consecuencia en este momento en poder del ejército libertador: Los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, más 2,000 prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían. 1800 cadáveres y 700 heridos, han sido en la batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la temeridad española". (García Camba, p. 493)

La masa del ejército realista capituló en Ayacucho, pero varias guarniciones del Bajo y el Alto Perú aún continuaban bajo el control de España.

Cuzco capituló el 24 de diciembre, y un ejército de 1700 hombres a las órdenes del general Agustín Gamarra, se rindió a las fuerzas de la libertad. Inmediatamente después, la guarnición de Puno también se rindió. Luego le siguieron las de Arequipa y Tacna; en la primera estaba el batallón Real Felipe, comandado por el general Pío Tristán, quien había sido derrotado por el general Manuel Belgrano en Tucumán y Salta. En esta última, Tristán había perjurado no volver a tomar las armas contra los patriotas. A la vez, era gobernador de Arequipa, y pretendiendo desconocer la capitulación de Ayacucho intentó una resistencia asumiendo el 21 de diciembre de 1824 el cargo de virrey del Perú, ofrecido por una junta de militares y notables civiles realistas que se realizó en Cuzco. (García Camba, pp. 343-346). Su virreinato fue efímero, pero muchos lo consideran el último virrey.

La capitulación de Ayacucho, en su artículo primero, prescribía que "el territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas de Ejército Unido Libertador hasta el Desaguadero...". Este río era el límite entre el

virreinato del Perú y el del Río de la Plata. En el Alto Perú, actual Bolivia, comandaba el general Olañeta, ferviente defensor del rey y de la religión, a su manera. García Camba relata las distintas acusaciones que se le hacían por contrabandista y maniobras mercantiles dolosas, aunque enfatizaba sus condiciones de mando y su valor. (Fernández, 1992)

Después de Ayacucho, desde Cuzco, Sucre se dirigió a Olañeta desde Cuzco el 1 de enero de 1825 para informarle sobre la victoria y las estipulaciones de la capitulación, las cuales no comprendía. En su carta, también lo felicitó por haber contribuido a la victoria y que le sugirió que uniera sus fuerzas al Ejército Unido Libertador. Sin embargo, Olañeta respondió ofreciendo su amistad y lealtad a la causa independentista, solicitando un armisticio de 61 meses para deliberar con sus mandos. Sucre desaprobó la solicitud, considerando que las intenciones de Olañeta eran ganar tiempo mientras esperaba apoyo de la Península. En efecto, Olañeta había emitido una proclama en la que se comprometía a defender al rey "hasta la muerte". Así fue, pero no fueron las fuerzas de Sucre ni los guerrilleros enviados por el gobernador Arenales desde Salta quienes lo enfrentaron, sino uno de sus hombres, el coronel Carlos Medinaceli, quien se sublevó en Tumusla. El 1 de abril de 1825, se enfrentaron las fuerzas rebeldes y, tras cuatro horas de lucha, el general Olañeta fue herido de muerte, lo que provocó la dispersión de su tropa. (Villagrán San Millan, 2015)

La ocupación realista de la plaza del Callao continuó más de un año después de Ayacucho. El coronel José Ramón Rodil, al mando de 1800 hombres, contaba con escasos víveres para mantener a su tropa, que incluía también a hombres que habían pertenecido a las fuerzas patrióticas. En enero de 1826, la deserción aumentaba y el hambre hacía estragos. Con solo 300 hombres en acciones de combatir, el coronel Rodil capituló el 22 de enero, retirándose con todos los honores y logrando embarcarse hacia España. Durante el asedio, 1300 hombres murieron por enfermedad, 785 en combate y 5000 civiles perdieron la vida víctimas del hambre y el escorbuto. (Semprún & Bullón de Mendoza, p.228)

La isla de Chiloé, la más grande del archipiélago del mismo nombre y ubicada al suroeste de Chile, está separada del continente por el estrecho del Chacao. Fue el último reducto realista de América del Sur. Desde 1819, el coronel Antonio Quintanilla gobernaba la isla y comandaba un destacamento de 1700 hombres. Durante el Directorio de O´Higgins, y luego de su deposición, los esfuerzos de liberar Chiloé resultaron vanos. Después de la capitulación del Callao, se produjo un intento de levantamiento contra Quintanilla que fue sofocado, ya que la mayoría de los 45000 habitantes de la isla eran preeminentemente realistas. Quintanilla

intentó aliarse con Olañeta, pero este ya había sido derrotado. Finalmente, el 18 de enero de 1826, en la ciudad de San Carlos, firmó la capitulación que constituyó el final de la "resistencia regular realista en el continente americano". (Semprún & Bullón de Mendoza, p. 232)

Ayacuchos

La derrota en Ayacucho fue inesperada para los españoles, quienes no podían concebir que su vasto imperio, resultado de la conquista, pudiera desmoronarse en una sola tarde, en el Perú. A medida que desembarcaban en los puertos de la península, comenzaron a circular rumores de traición, y se les empezó a identificar despectivamente como "los ayacuchos".

Mariano Torrente (1830) se preguntaba cómo:

> ... Un ejército tan brillante como el que habían sabido formar los generales españoles, tan orgulloso i temible por sus respectivas victorias; ... que habían destruido todas las fuerzas combinadas de Perú, Chile, Buenos Aires, i aun las primeras espediciones (sic) de Colombia, ¿podía creerse que en un solo aciago día perdieran el fruto de tantos sacrificios i el lustre de tantas hazañas? ... Nadie por cierto creyó este fatal i brusco desenlace; ... (p. 496)

Sin embargo, más adelante Torrente (1830) afirma:

> ... Quién la atribuye á una vergonzosa traición, quién á refinada malicia, quién á la cobardía i quién al torpe manejo i aturdimiento de sus gefes; ... conocemos que ha habido defectos ... pero no creemos de modo alguno que esta terrible desgracia pueda convertir en criminales á unos hombres que tantos sacrificios han hecho por la monarquía, i que tantas i tan repetidas veces han cubierto sus sienes de gloriosos laureles. (pp. 497-498)

La intensidad de las tensiones políticas entre los liberales fue desdibujando la crítica hacia los ayacuchos[1], cuyos generales enfrentaron cuestionamientos sobre su conducción táctica en la batalla. Inicialmente, se les acusaba traición, pero esa vehemencia fue disminuyendo con el tiempo. El rey Fernando VII, indiferente a las

1 Cuando llegaron los seguidores de Olañeta y se conocieron las proclamas del guipuzcoano en las que llamaba a La Serna y subordinados "constitucionales, enemigos del altar y del trono, jacobinos, desmoralizadores, etc." (García Camba, p.414)

críticas, confirmó todos los empleos, grados, honores y condecoraciones otorgados por el virrey La Serna. A pesar de estar en una "época ominosa del absolutismo", a partir de 1829, el gobierno comenzó a emplear en mayor escala a los militares veteranos del Perú.

Fue a mediados del siglo XX, con el libro Bolívar de Salvador de Madariaga, célebre historiador, político y ministro de Justicia de la República Española, que renació la tensión en contra de los generales de Ayacucho. Según Madariaga (1975), la batalla no fue más que un simulacro, una comedia. Afirmó que los generales Monet y Córdoba habían negociado la capitulación antes del combate, lo que también explica la autorización del abrazo entre hermanos "antes de romperse la crisma".

Conclusiones

Ocho días después de la batalla de Ayacucho, Canning, primer ministro inglés, manifestó: "La batalla ha sido recia, pero está ganada. El clavo ha sido remachado. La América española es libre: ¡Novus saeculorum nascitur ordo! (¡Nace un nuevo orden!)". (Mitre, p. 17).

Sí, la batalla ha sido "recia". Ambos contendientes lucharon con la más rigurosa disciplina, y los generales más prestigiosos de cada ejército demostraron su valía. Todos ansiaban el enfrentamiento, tal como señala Miller (1918) "se batió no sólo bizarramente sino a la desesperada". El menor número de patriotas no afectó su entusiasmo ni su voluntad de vencer. La victoria no fue fruto del azar, sino de la inteligencia, del coraje y el valor que los americanos demostraron en el campo de batalla

"El clavo está remachado", la batalla fue decisiva y no hubo vuelta atrás. Sin embargo, aún quedaba por vencer a Olañeta y derrotar los enclaves de Cuzco, Puno, Arequipa, Tacna, el Callao y Chiloé.

"La América española es libre", proclamaron tras quince años de guerra. San Martín se embarcó el 20 de agosto de 1820 en Valparaíso con la misión de liberar al Perú. Partió en la primera madrugada, como el Quijote, con la intención de regenerar la tierra; Sión fue la América hispana. Con tres barquichuelos, los reyes de España se adueñaron del Nuevo Mundo, pero San Martín, con esos barcos de madera, iba a recuperarlo. Su impulso lo llevó hasta Guayaquil, donde el otro libertador siguió su estrella: la libertad americana.

Bolívar supo aprovechar la disputa ideológica entre los españoles y, ante la deserción de Olañeta en el Alto Perú, decidió dar batalla. La actitud del guipuzcoano fue determinante para la victoria de los libertadores, ya que contaba con el apoyo de cuatro mil hombres, lo que debilitó al ejército del virrey y, que, a pesar de ello, mantenía su superioridad numérica. Si bien lo contrafactual no es un tema de la historia en general, sí lo es en el ámbito de la historia militar. Así, una escuela historiográfica militar en la Universidad de Londres se denomina "If" para estudiar qué hubiera pasado si... En el supuesto de una victoria española en Ayacucho, no tendría sentido considerar la continuidad del sistema político, dado que España no estaba en condiciones de apoyarlo y la América hispana ya había mostrado, desde hacía al menos quince años, un claro compromiso con "... la causa de la independencia".

Sobre este supuesto escribió el hermano del general Miller, si (if) los españoles hubieran destruido a los libertarios y todos sus jefes hubieran perecido, aparecerían otros jefes, otros patriotas

> ... que sucesiva o simultáneamente se habrían formado, los habrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido. ... aunque el país se hubiese reducido a escombros y la miseria se hubiese hecho sentir hasta los puntos más remotos, la causa de la independencia habría triunfado infaliblemente." (Miller, p. 188)

Desde el punto de vista táctico, el virrey cometió el error de utilizar todas sus fuerzas en un ataque frontal sin resguardar su reserva. Esta decisión revela la petulancia y el orgullo de La Serna, quien, tras la reducida victoria en el combate de Corpahuaico, presuntuosamente atacó al frente de la infantería. Su heroísmo lo llevó a resultó herido y, finalmente, a terminar prisionero de los patriotas.

La organización para la defensa de Sucre fue acertada, ya que no necesitaba guarda flancos debido a que las características del terreno los resguardaban. Además, el ascendiente de sus jefes subordinados sobre las tropas evidenció su capacidad en el mando.

Mucho se ha escrito acerca de la "batalla arreglada" o de la "traición de Ayacucho", "Il vero" en la historia tal vez sea impreciso por los memorialistas y le falte consistencia en el "certo". Esta consistencia la busca el historiador cotejando las memorias; en el caso de Ayacucho, existen pocas, y destacan por su cierta objetividad, las de Miller, entre los patriotas, y la de García Camba. Entre ambas

versiones se resalta la total entrega de los contendientes a sus respectivas causas, con tal vigor y convicción que quedaron más de 2000 cadáveres en el Rincón de los Muertos (Ayacucho).

Referencias

Alison Phillips, W. (1911). *Holly Alliance*. Encyclopaedia Britannica, UK

Beverina, J. (1924). El centenario del combate de Junín. *La Nación*. Buenos Aires, Argentina

Borges, J. (9 de agosto de 1964). *Página para recordar al coronel Suárez , vencedor de Junín*. Ed. AMB. Buenos Aires, Argentina

Bulnes, G. (1897). *Ultimas campañas de la independencia del Perú 1822-1826*. Instituto de Cultura Hispánica. Santiago, Chile

De la Puente , J. (1993). *Historia general del Perú*. Ed. Brasa. Lima, Perú

De Madariaga, S. (1975). *Bolívar*. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid, España

Fernández, D. (1992). *Ultimos reductos españoles en América*.MAPFRE. Madrid, España

Fulong S.J., G. (1957). *La Santa Sede y la emancipación americana*. Theoría.Revista del Colegio de Filosofía. DF, México

García Camba, A. (1916). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en Perú 1822-1825*. Ed. América. Madrid, España

Lecuna, V. (1942). *Cartas de Santander: homenaje a la memoria del ilustre prócer general Francisco de Paula Santander*. Litografia y Tipografia del Comercio. Caracas, Venezuela

Miller, J. (1918). *Memorias del general Miller*. Ed. América. Madrid, España

Mitré, B. (2012). *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*. El Ateneo . Buenos Aires, Argentina

Pignatelli, A. (8 de diciembre de 2022). *La última batalla de la Independencia y la gloriosa carga de los últimos granaderos que selló la victoria patriota*. Obtenido de Infobae:

https://www.infobae.com/sociedad/2022/12/09/la-ultima-batalla-de-la-independencia-y-la-gloriosa-carga-de-los-ultimos-granaderos-que-sello-la-victoria-patriota/

Roel Pineda, V. (1981). *Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la Independencia*. Ed. Juan Mejía Baca.Lima, Perú

Semprún, J., & Bullón de Mendoza, A. (1992). *El ejército realista en la independencia americana* . MAPFRE. Madrid, España

Torrente, M. (1830). *Historia de la Revolución hispano-americana*. Imprenta de León Amarita. Madrid, España

Villagrán San Millan , M. (2015). *De Buenos Aires a Tumusla: ejército y milicia 1776-1825* Fondo Editorial Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, Argentina

Claudio Morales Gorleri

- Teniente coronel del Ejército Argentino en situación de retiro
- Doctor en historia egresado de la Universidad del Salvador
- Magíster en Historia de la Guerra.
- Se desempeña como profesor de la Escuela Superior de Guerra "Teniente General Luis María Campos" en los cursos regulares y en la maestría en Historia de la Guerra.
- Es investigador universitario acreditado ante el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.
- Publicó ensayos, artículos, cuentos y poesía.
- Fue distinguido con las palmas sanmartinianas, ha dictado conferencias y escrito colaboraciones sobre la vida del padre de la patria, y participa asiduamente de las reuniones de la Academia Sanmartiniana desde su incorporación.
- Actual presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano y de la Academia Sanmartiniana, por el período trianual 2024-2027.